

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: El comienzo del buen mensaje de Jesús –
Estudiamos el evangelio de Marcos (capítulo 1:14-45)
(24 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**El comienzo del buen mensaje de Jesús –
Estudiamos el evangelio de Marcos (capítulo 1:14-45)
(24 días)**

Día 1

Mr. 1:4,14,15; Is. 56:1; 59:20

Jesús predicaba “el evangelio del reino de Dios”.

Su predicación pone parámetros para nosotros, al ofrecer el evangelio de Dios a los hombres de hoy en día:

1) *La predicación del Señor se caracterizaba por la planificada reflexión.* Él lo enlazó con aquello que sus oyentes conocían del Antiguo Testamento (Is. 45:22; Zac. 1:3; Mal. 3:7) y, con lo que habían escuchado de Juan el Bautista (Mt. 3:2; Lc. 3:3). Jesús no sobre exigió a sus oyentes.

2) *Su predicación apuntaba al centro del evangelio.* El Señor no habló en primer lugar, de lo que el hombre debía hacer, sino de lo que Dios hace: ahora Dios comenzó a levantar Su reino en la tierra; ahora Él nos invita cordialmente a acercarnos a Él. Con la llave principal de Su amor, Él abrió la puerta a la vida en plenitud.

3) *La predicación de Jesús hacía al hombre plenamente responsable.* “¡Arrepentíos, y creed en el evangelio!”, dijo el Señor. ¿Arrepentimiento? El hombre lo rehúsa; el esconder la injusticia, minimizarla o, el hacer venganza, “lo lleva en la sangre”.

Jesús fijó otra importancia. Él puso al hombre ante el rostro de Dios: *Dios y tú* – ese es su primer y más importante tema. Y lo hace de la manera en que tú puedas aliviarte. Tú puedes acercarte a Él con tu necesidad. Y puedes experimentar: Otro tomó toda la culpa, la tuya y la de otros, en Su cuenta. Tú, entonces puedes estar libre y regocijarte para siempre. ¡Éste es evangelio! Ésta es la melodía nueva y alegre: “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2.Co. 5:17).

Mi respuesta debe ser: “gracias, Señor Jesús, porque me has invitado. Gracias porque soy bienvenido para ti. Gracias porque has pagado por mí. Gracias porque puedes transformarme en una persona amable”.

¿Cuáles impulsos quiero aceptar nuevamente para mi vida de 2.Co. 5:11 al 6:10?

Día 2

Mr. 1:14,15; 2.P. 3:9

4) *La predicación de Jesús nos abrió una singular fuente de poder.* Cuando Jesús predicaba el “evangelio del reino de Dios”, quiso decir: Dios es bueno. Él tiene buenos propósitos con nosotros. La gran bondad de Dios (Sal. 86:15; Jer. 31:3; Ro. 2:4) contiene su gran anticipo de poder. Por eso nos podemos levantar y dar pasos concretos hacia adelante. Jesús nos exhorta: “¡arrepentíos y creed en el evangelio!” ¡Qué exhortación fuerte y clara!

Jesús sabe que el arrepentimiento y la confianza nos cuestan. Ya en el paraíso comenzó el rechazo y la desconfianza respecto de Dios y de todos modos tomó su camino doloroso.

Nosotros tenemos una historia larga y complicada de pecados detrás de nosotros. Por eso no podemos dejar de aceptarlo una y otra vez: “¡arrepentíos y creed en el evangelio!” En otras palabras Jesús quiso decir: “¡Cambiad vuestra manera de pensar, vuestra mente, y amarraos del evangelio!”

Casi ninguna otra cosa cuesta tanto al hombre que el cambio de su manera de pensar y su opinión. Es costoso de pensar que Dios realmente es bueno. Es difícil de aceptar que el hombre no puede ganarse el cielo. Es difícil de reconocer que dependemos totalmente de la bondad de Dios. Es difícil, pero, ¡no es imposible!, pues el requerimiento del Señor, de sobreponerse de la vieja manera de pensar y actuar, contiene a la vez la exhortación de que, el arrepentimiento hacia Dios significa la entrada a la vida plena.

La incomparable historia acerca de eso la contó Jesús mismo: Lc. 15:11-32. Aquí aprendemos: no existen solamente las algarobas de los cerdos afuera; la vida liviana según la mentalidad y actitud del mundo, sino también las algarobas de los cerdos adentro; la decente conducta correcta y presumida autocomplacencia (Lc. 18:9-14).

El Padre celestial se regocija siempre, cuando un pecador vuelve arrepentido a sus brazos abiertos. (Lea Is. 43:25; 1.Ti. 1:12-16; 1.Jn. 1:9; He. 10:17.)

Día 3

Mr. 1:14,15,39; Lc. 4:43; 8:1; 9:11

La vida y la obra de Jesús estaba enfocada totalmente en el reino de Dios. Es de gran importancia para los cristianos de este mundo, conocer las realidades bíblicas del “reino de Dios” (el evangelista Mateo habla por lo general del “reino de los cielos”, lo cual significa lo mismo).

1) *El reino de Dios no es un área político-mundial, sino uno sobrenatural-espiritual.* “Mi reino no es de este mundo”, testificó Jesús ante Pilato, el gobernador de Judea (Jn.18:36).

Con esto queda confirmado: Dios mismo es autor y propietario de Su reino. El ejercicio del gobierno lo ha entregado a Su Hijo (Is. 9:6,7; Dn. 7:13,14; Jn. 18:37; Mt. 28:18,19).

Dios está por encima de todo, también allí, donde personas de influencia planean, actúan y buscan cumplir sus metas con principios cristianos. Si esa es la realidad, reflexionemos: “El reino de Dios no es cuando los hombres intentan introducir a Dios en sus acciones, sino cuando Dios introduce a los hombres en Su obra” (J. Kroeker).

2) *Jesucristo es la persona clave del reino de Dios (Is. 22:22; Ap. 3:7).* Con Él se abre camino la plenitud de vida del Todopoderoso en situaciones terrenales, pecaminosas, enfermas e influenciadas del ego y gobernadas de Satanás (Is. 35:5,6; 61:1; Mt. 11:5; Lc. 11:20).

Todo obrar de Jesús, señala el glorioso poder de amor, vida y salvación de Dios.

3) *El reino de Dios es un reino presente (Lc. 17:21).* Jesús nos lo trajo. Él hizo el comienzo y Él quiere comenzar algo con nosotros.

Él no depende de nuestras capacidades. Lo que busca en nosotros es apertura, disposición, fe y obediencia; las capacidades nos las quiere dar.

Venga usted, todo está preparado. Venga y permita que Él le dé estos regalos. ¡Descubramos nuevamente los hermosos regalos de Dios descritos en Ef. 2:4-10! ¿Con qué don quiero servir hoy a otra persona?

Día 4

Mr. 1:15; Jn. 15:18-20

4) *El principio del reino de Dios trae, el gran cambio de dominio.* Desde tiempos inmemoriales, el cosmos estuvo rodeado de “la serpiente antigua” y la humanidad lleva inyectado el mortal veneno del pecado, por el diablo (Gn. 3). El desastre de esa catástrofe es que el hombre puede ser “noble, ayudador y bueno”, también puede esforzarse en todo lo bueno, pero quedará paralizado finalmente por el envenenamiento. Únicamente se salvará, si se dirige al que aplastó a la serpiente (Gn. 3:15), que a la vez es su médico y dador de vida.

Dicho de otra forma: Jesucristo es el único que tiene el poder de sacarnos del oscuro reino de Satanás y trasladarnos al victorioso reino del amor de Dios (Col. 1:13).

5) *El reino de Dios es comienzo y auge de la eternidad en medio del tiempo.* Los cristianos son ciudadanos de dos mundos. Ellos viven en el mundo antiguo, entregado a juicio (Mr.13:31; 2.P. 3:10), pero con una nueva identidad. El que confía en el buen gobierno de Jesús, tiene un nuevo “pasaporte”. Pues su nombre está inscrito en el “libro de la vida” (Fil. 4:3; Ap. 3:5; 20:15).

Esa “existencia doble” de los amigos de Jesús, no los excluye de enfermedades, desgracias, dolores, injusticias y pecados, ya que todavía viven en un mundo conmovido por la crisis. Pero: los cristianos no tienen que pensar, planear, trabajar y vivir según el “modelo” del mundo. Ellos tienen una nueva identidad, la identidad de Cristo (lea Ro. 8:2; 1.Co. 1:30).

Junto a Jesús, en Su reino, aprendemos a amar y servir como Él. Dicho concretamente: el dominio de Dios transforma la relación hacia el prójimo desde la raíz. Junto a Jesús aprendo a atender, valorar y apoyar al prójimo. Aprendo a honrar a personas impotentes y débiles; a encontrarme con personas caprichosas y dominantes con humildad; a perdonar a los que me ofendieron; a amar a los enemigos y bendecirlos... (Mt. 5:44; Ro. 12:14; 1.Jn. 5:4).

Día 5

Mr. 1:15; Lc. 12:32

6) *En el reino de Dios domina la unidad en la diversidad.* Cada cual es bienvenido; pues cada uno es un “original” del amor creativo de Dios. Cuando en una comunidad de cristianos, domina el Espíritu de Dios, se resiste a cualquier aspecto de generalización sin diferencia. “El divino original en cada persona no se oprime, sino que se libera, no se borra, sino se le da forma. No existe una subyugación de la personalidad, no se apagan las características dadas por Dios, no se estampa una forma específica. Las muchas diferentes personas con sus dones y capacidades, no forman una gran monotonía, sino un total organismo, en el que la diferencia de los distintos miembros causan la gran plenitud de vida (Jn. 17:21-23; 1.Co. 12:12-25)” (R. Luther).

7) *El reino de Dios es un reino futuro (Mt. 6:10; 25:1-13).* Cualquiera que se preocupa por el reino de Dios, aunque su tarea fuera muy insignificante, actúa bajo la gran promesa de Jesús: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lc. 12:32). A la manada pequeña pertenece el gran futuro. ¡Los hombres de Dios *tienen* esperanza y futuro! “Los señores de este mundo se van, ¡nuestro Señor viene!” (G. Heinemann).

Hasta este tiempo sigue en pie la verdad que dice que, la posición de los cristianos es una posición de espera. Una espera activa. Aún la persona jubilada en el reino de Dios no vive descansando, sino que está a disposición de su Señor. Esto vale también para las personas debilitadas y ancianas. Todos nosotros somos “embajadores de Cristo” (2.Co. 5:20), involucrados en el mayor servicio de todos, el servicio de reconciliación.

Si alguien prepara la habitación; o habla de una experiencia personal con Cristo; o hace un estudio bíblico; o después de la reunión arregla el salón; si uno está involucrado en el servicio de buscar a las personas, en el de visitación o atendiendo los aparatos de comunicación; o si uno está orando por las personas en su vecindad o en su iglesia, una cosa es todos los trabajos tienen la misma importancia. La condición insoslayable es que busquemos “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mt. 6:33).

Día 6

Mr. 1:16-20

Lo que aconteció aquí, casi nos quita la respiración. Cuatro grandes decisiones de la vida se nos comentan en cinco cortos versículos. Marcos no menciona los antecedentes del llamado de los discípulos (como en Jn. 1:35ss). No menciona una hora, ni un lugar; ni las circunstancias del encuentro, como por ejemplo un saludo; palabras introductorias; contenido de la conversación; reacción de los involucrados... Conscientemente Marcos, prescindió de una descripción de las circunstancias naturales y de la experiencia interior, para que la mirada quedase libre para lo válido, para el carácter de modelo del encuentro del hombre con Jesús:

1) *El mayor cambio de vida, acontece muchas veces en silencio.* “Andando junto al mar de Galilea”, suena “de paso”, y así Marcos lo anotó. Pareciera que Jesús pasaba casualmente. “No notamos un plan premeditado; no es un encuentro organizado o preparado, sino un encuentro sin previa condición. El llamado acontece directamente desde arriba” (A. Pohl).

Esto es típico del llamado de Dios: Él obra respecto a lo más importante de manera quieta y poco llamativa -discreta- pero oficialmente e irresistible. Aquí no se usa un elocuente arte de persuasión, sino la persona y personalidad de Dios mismo, “envuelto” en la persona de un hombre singular.

Aquí junto al lago de Galilea se encuentra el amor de Dios en persona y busca a hombres, que son como tú y como yo. Dios viene tan tranquilo e insignificante, que uno lo podría pasar por alto. Ahora bien, el Señor no actúa siempre con el mismo esquema.

Él sabe cuándo y cómo puede hablar con las personas y cómo puede ganarlas para sus planes.

¿Conoce usted, aparte de lo mencionado y, aparte de lo que dice en Mr. 2:13-17 y 10:17-22, otras historias de las llamadas bíblicas? ¿Qué diferencias nota usted, cuando compara los distintos informes? Piense además en el “dramático” llamado de Saulo (Hch. 9:1-19) ¿Cómo llegó usted a ser cristiano?

Cada arrepentimiento, cada conversión a Jesús es un milagro, por el cual deberíamos, una y otra vez agradecerle.

Día 7

Mr. 1:16,19; Sal. 139:1-16

2) *La mirada de Dios es un gran favor.* Cuando Jesús andaba junto al mar de Galilea, “vio a Simón y a Andrés”. Cualquiera que pasaba por ahí, podía ver a estos dos hermanos. Pero también sabemos: ¡entre mirar y ver pueden existir mundos! Además: aquello que no queremos ver, no le damos entrada a nosotros.

Cuando aquel caminante, en el camino de Jerusalén a Jericó, fue atacado y golpeado brutalmente quedando medio muerto, casualmente pasaba un sacerdote. Él *vio* al herido, pero pasó de largo; siguió su camino. De la misma manera hizo un levita. Finalmente un samaritano; se acercó al herido. De él se dice: “... y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas..., poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él” (Lc. 10:33,34).

Hemos leído que Jesús vio a Simón y a Andrés; así encontramos también en Él, ésta mirada concentrada, con la misma que, más tarde, también miró a aquel joven: “entonces Jesús, mirándole, le amó” (Mr. 10:21).

Jesús no ve solamente a los hombres con los ojos, sino también con el corazón. Los deja entrar en Su corazón, para nunca más perderlos de vista (Mr. 2:14; 6:34; Mt. 9:36). Esa mirada enriquecida de Dios, esa profunda mirada pastoral del Señor, no es otra cosa que su insondable amor salvador, que nos escoge para sí.

Ya en el Antiguo Testamento encontramos esa mirada de amor de Dios, con la cual atrajo a personas afligidas y desamparadas hacia su corazón (Lea Gn. 16:13; Éx. 3:7,8 y 4:31; 1.S. 16:1,7; 2.R. 20:5.) “Escogido en amor”; así se dice en el nuevo pacto (Ef. 1:4).

¡Qué regalo: haber sido visto por el Altísimo personalmente y haber sido elegido del anonimato a Su gracia! La mirada de Dios nos escogió, para la eterna salvación.

Día 8

Mr. 1:16.17; Mt. 18:3; 19:14

3) *El gran Dios llama al “hombre pequeño”*. El hecho de haber sido vistos por Jesús y ser recibido en Su corazón, para Simón y Andrés, significa el comienzo de una nueva vida. Ellos fueron estimados, vistos de parte del Señor de la vida. Él los quiso. A ellos, les pertenece su incondicional aceptación.

“Porque eran pescadores”. Un pescador en aquel tiempo era un “número” pequeño, en el área de la poderosa industria del pescado salado en Galilea. Los hombres que Jesús buscó y llamó al discipulado, no eran ricos ni preparados de manera especial.

Ellos tenían que trabajar duro para el sostén de sus vidas.

El escritor irlandés George Bernard Shaw (1856-1950) dijo: “Yo nunca he sentido mucho por la clase de gente trabajadora, aparte del deseo de eliminarla y reemplazarla por personas razonables”.

Jesús actúa de manera muy distinta. Él ve, ama y elige a los “pequeños”. “Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios... sino que lo necio del mundo escogió Dios” (1.Co. 1:9,26-31; Hch. 4:1-13). Su palabra creativa, que estuvo en el principio, cuando llamó al universo de la nada a la existencia, también estuvo en acción en ese momento. “Y les dijo Jesús: ‘¡Venid en pos de mí!’”

Ningún rabí judío, habló así alguna vez.

Por Su palabra el Hijo de Dios obró y exigió, incondicional obediencia. Su “gobierno se acercó y quitó toda otra pretensión de gobierno” (A. Pohl).

La mirada de elección y la palabra creativa de Dios, transformaban a los pescadores. Parece ser como si Jesús hubiese dicho: ¡Denme un pequeño grupo de personas insignificantes. Si ellas se entreguen a mí, entonces juntos, Yo y ellas, moveremos lo más grande que jamás existió en el tiempo y en la eternidad! (Comp. Hch. 1:8.)

Aunque la mirada y la elección del Hijo de Dios, su llamado y vocación son singulares, aprendemos de Él a considerar a nuestros prójimos a la luz del incondicional amor de Dios y, de Su promesa, que además está rodeada, de las ricas posibilidades de la gracia del Señor. (Comp. Hch. 15:37,38 con Col. 4:10; 2.Ti. 4:11 y Flm.1:1-17.)

Día 9

Mr. 1:17; Ez. 36:26,27

4) *Jesús agregó a su llamado al discipulado, una fuerte promesa:* “Y haré que seáis pescadores de hombres”. Jesús en Su amor, llama y elige a las personas por amor, y las quiere formar según su buena voluntad. Desde el comienzo, el discípulo del Señor es elegido a formar un perfil espiritual. Jesús mismo quiere actuar en sus discípulos, para que puedan llegar a ser “pescadores de hombres”.

En eso, el Señor no sobrepasa las condiciones y capacidades humanas.

Aquí Jesús enlazó la profesión de los pescadores, queriendo ampliar su visión para la “nueva profesión de ser discípulo”.

Él aprovechaba todo para su servicio, lo que las personas habían experimentado y aprendido hasta el momento. Los discípulos en el futuro, debían “pescar” a “hombres” para el reino de Dios.

Esto no se debe malinterpretar, como si los seguidores de Jesús

fuesen autorizados a presionar a otros hombres, a que se conviertan. Una conducta así, no tiene nada que ver con la invitación y la posibilidad de transformación que Jesús hace. (Mt. 23:14,15). Dios mismo es el verdadero “pescador”, como también es el verdadero pastor (Sal. 23:1; Ez. 34:1ss; Jn. 10:11).

El pescador de hombres, y pastor de personas, tiene solo autoridad confiada, regalada, sobre la cual no puede actuar como se le antoje, sino que puede utilizarla únicamente, con agradecimiento al dador divino (2.Co. 5:11). ¿De qué manera se puede realizar esto?: lo aprenderán siguiendo a Jesús mismo.

El Señor no los manda inmediatamente a servir a los hombres. Primero, es importante que aprendan a vivir de todo corazón con Jesús y poner toda su vida en Sus manos. Pero la dirección ya está señalada con la nueva profesión. La nueva vida que otorga Jesús, no le pertenece solo al discípulo, sino que tiene que servir para el bien de todos los demás

Día 10

Mr.1:18-20; He. 4:12

5) *El llamado al discipulado contiene fuerza para soltar.* Los dos hermanos, Simón y Andrés dejaron “todo” (Mr. 10:28) y siguieron a Jesús en el acto. “Luego”, “enseguida” -escribió el evangelista Marcos textualmente-.

Pero con ésta palabra, -que él usa muchas veces-, no quiso decir que Jesús estaría con el reloj en la mano, controlando si todo andaba suficientemente rápido. ¡No! El Señor *tenía y tiene* tiempo y *da* tiempo. Con ninguna persona, Jesús realiza un “blanqueo piadoso”. Dios “escribe” con cada uno su propia historia, cómo Él quiere (1.R. 19:19-21; Mt. 8:21,22; Jn. 1:35-39).

Pero, *si* llegó la hora de Dios, ¡hay que tomar una clara decisión! “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (He. 3:7,8; 4:7; Sal. 95:7,8). La vocación de Dios es tan importante, tan urgente y ante todo tan valiosa, que un hombre puede ignorar la mayor decisión de su vida. ¡Cuántas buenas y correctas razones, los hermanos Jacobo y Juan, hubieran podido mencionar, para no dejar a su padre y la empresa pesquera, por lo menos en ese momento! (Comp. v.20 con Mt. 10:37.)

Cuando Dios me llama, seguramente ordenará todo, para que pueda seguir su llamado (Comp. Hch. 7:2-4). La Palabra de Dios, no es un cartucho vacío sino, Palabra llena de poder. Me otorga energía para levantarme, para soltar y para entregarme a Su voluntad. Esto no es sencillo, como tampoco la vida cristiana lo es.

Jesús no prometió a sus seguidores una vida liviana, sí una vida cuidada y plena (Mt. 6:25-34; Mr. 10:29,30; Jn. 7:37,38; 10:10).

Incluso es una vida que no se hunde, aún en los procesos de muerte, sino que lleva fruto y desemboca en la inmortal e imperecedera vida de resurrección del Señor (Lea Jn. 12:24-26; 2.Co. 4:10; Jn. 11:25,26; 1.Co. 15:20-26,31; Ap. 21:4.)

Día 11

Mr. 1:18-20; 1.P. 4:8-11

6) *Jesús quiere comunión vivida – no unificación forzada.* Los pescadores experimentaron por el llamado de Jesús, un cambio de sus pensamientos. Ellos dejaron lo que pensaban hasta ese momento, y se abrieron a lo que *Él* pensaba, quería y hacía.

Por más exigente que nos parezca esa soltura de la vida acostumbrada, tanto más vale la realidad: Jesús nos llama, pero no nos obliga. Jesús nos muestra la infalible voluntad de Dios, pero no nos la pone por encima. Jesús llama a cada uno personalmente, pero no deja a nadie aislado. Más bien, el Señor pone a cada uno en una singular y nueva relación: *Él* hace que sean hermanas y hermanos en la familia de Dios.

Aún personalidades marcadas, como por ejemplo Pedro, no eran personas sobresalientes y solitarias, sino que estaban involucradas en la comunión de los seguidores del Señor. Es cierto que conocemos a Simón Pedro, como portavoz del grupo (Mr.8:29; 10:28), pero dentro de la comunidad de los discípulos (Mr. 1:29,36).

La comunidad de los discípulos es como una cadena de luces. Cada luz tiene su lugar en los correspondientes portalámparas.

Si una sola luz faltase, se nota enseguida. Cuando una vez, Simón Pedro “salió de sus casillas”, su luminosidad casi se pierde (Mr. 14:29,66-72) si Jesús no hubiera orado por él (Lc. 22:32). Poco después, encontramos a Pedro nuevamente en su lugar en la comunidad de los discípulos (comp. Mr. 16:7). La integración en la comunidad de los discípulos, no apunta de ninguna manera a una unificación esquemática.

Nuestro cosmos es un gran milagro, lleno de variedad y posibilidades de desarrollarse; con más razón cada persona en particular. Cada uno es un “pequeño cosmos”, una maravillosa personalidad inconfundible. También en el reino de Dios hay diferentes capacidades; profesiones; tareas; posiciones; lugares de trabajo; servicios y resultados (Ro. 12:4-8; 1.Co. 7:7; Ef. 4:11,12).

Lo importante residirá en que nos estimemos unos a otros, valorándonos mutuamente; que sirvamos unos a otros y nos motivemos a una vida auténtica, a medida que confiemos más y más en Jesucristo.

Día 12

Mr. 1:21,22; Mt. 7:28,29

La ciudad de Capernaum, lugar misionero de la “escuela de Jesús” (Mt. 4:13; 9:1), era una ciudad de límite, con aduana y cuartel (Mr. 2:14; Mt. 8:5), entre Galilea y lo que hoy es Transjordania al norte. Siempre pasaban muchas cosas en Capernaum.

Pero el día de reposo, el domingo de los judíos, reposaban los negocios, y era normal ir al culto. También Jesús estaba en el culto con su grupo de cuatro recién ganados discípulos, y él se involucraba en la enseñanza. Los oyentes estaban admirados, “porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”. El texto marca una diferencia muy clara entre la enseñanza de los escribas y la de Jesús. ¿Cómo podemos entender esto?

El propósito central de los eruditos judíos, consistía en que guardaran rigurosamente las tradiciones, y que su doctrina se basara completamente, en los antepasados espirituales hasta el maestro mayor, Moisés (Jn.9:28; Mt. 23:1,2). Para ellos, la fe correcta era amarrarse a esa cadena de tradiciones. Así, se sentían unidos con la revelación de Dios en el monte Sinaí, y por eso creían representar la verdadera Israel.

Pero Jesús irrumpió esa cadena. Él no apelaba a los antepasados, sino a uno solo, al verdadero Padre: “mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió” (Jn. 7:16; comp. Lc. 2:46-49; Jn.8:23-28; 10:30).

Él, el Hijo de Dios, se sintió a sí mismo y su servicio, totalmente dependientes de la Palabra y voluntad del Padre. Por eso, Su doctrina tenía la autoridad y el poder de cambiar los corazones de las personas. El que habló aquí, es el *Hijo*, la revelación de Dios en persona. “Él no trajo revelación por medio de las muchas y largas tradiciones, sino Él era la revelación en persona” (A. Pohl).

Esto observamos de Jesús en el gran sermón del monte, en Mateo cap. 5 al 7, especialmente en cap. 5:17,21-48.

Día 13

Mr. 1:23,24; Lc. 4:31-35; Stg. 2:19

Bajo la poderosa predicación de Jesús, el infierno comienza a moverse. El poder de la Palabra de Dios, descubre la más terrible de todas las ataduras. Un hombre, obsesionado de un demonio, atormentado y dominado por el maligno, de repente empieza a gritar. Bajo la enseñanza de los rabíes hasta ahora, todo habría quedado en silencio.

“Todos los aleluyas de su liturgia, de alguna manera las podía tolerar. Pero frente a Jesús, estalla esa simbiosis de demonio y religiosidad. Fuertes gritos de lucha, retumban en la sinagoga”. (A. Pohl). El gran enemigo de Dios y de los hombres, por la cercanía de aquel que vino “para deshacer las obras del diablo” (1.Jn. 3:8b), es descubierto; desenmascarado y derrocado. Esto lo sabía el demonio (“yo”) y con él todos los demás (“nosotros”).

“El mensaje del infierno” es triple:

a) La pregunta: ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno?” Señala la Palabra en el idioma original, que entre Satanás y Jesús -entre el infierno y el cielo- no hay nada, absolutamente nada en común.

b) La pregunta “¿has venido para destruirnos?” no es una pregunta real- más bien retórica- detrás de la cual está la respuesta: hemos reconocido, que has venido a romper el poder de la maldad.

c) El reino de las tinieblas conoce quién es Jesús: “el Santo de Dios”, el portador del Espíritu Santo (Mr. 1:8); el que ahora en la autoridad del Espíritu resiste al malvado (Mr. 1:12,13) y, el que lo vencerá en la cruz.

Los seguidores de Jesús viven en la línea de fuego del diablo (Ef. 6:12), pero por la fe, están del lado del Señor resucitado y victorioso.

Hoy podemos agradecer por la victoria de nuestro Vencedor, y vivir en ella. (Lea 1.Jn. 5:4; 1.Co. 15:55-58; Ro. 8:31-39.)

Día 14

Mr. 1:25-28; Jn. 16:33

Muy corto y preciso es el informe de Marcos acerca de la expulsión de los demonios, por parte de Jesús. Nada de conjurar; ni mencionar nombres; ni decir alguna fórmula, sino de una poderosa reprensión y demanda (Mt. 12:28), que se asemeja a una aplastante sentencia judicial (Zac. 3:2; Sal. 76:7-10; Jud. 9).

Jesús hace uso de su derecho de señorío, haciéndole callar al demonio; lo ata; lo aprisiona y lo derroca, de tal forma que el demonio tiene que obedecer a la palabra de autoridad del Señor. Aunque el espíritu malo sacudió con gritos y mucha violencia dejando al hombre, no le puede hacer ningún daño (Lc. 4:35).

¿Qué consecuencias surgen para nosotros del relato de Marcos 1:21-28?

a) Tenemos que saber que cuando se edifica el reino de Dios, el enemigo no duerme. Él no se mueve contra religiosidad o tradiciones sino que lucha contra Jesús y la viva fe en el Señor. Cuando se trata de ocultismo, las personas involucradas necesitan ayuda especial, como consejeros con autoridad espiritual.

b) No debemos acariciar el pecado ni jugar con los poderes de la oscuridad. Todo lo prohibido apetece y seduce, para engañarnos (Ro. 7:7,8; Stg. 1:13-15). Pero: “mayor es el que está en vosotros, -Jesucristo- que el que está en el mundo” (1.Jn. 4:4; comp. Jn. 8:12; 12:46). “No deis lugar al diablo” (Ef. 4:27-32). “No tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Ro. 6:13; 12:1).

c) La mirada de fe y confianza en Jesús protege y libera, fortalece y nos consuela (Lc. 22:31,32; 1.Co. 10:13). Nosotros podemos seguir caminando confiando en Su victoria sobre el pecado, el infierno y el diablo, hasta que Él nos lleve a su glorioso y nuevo mundo (Ap. 20:10,14 – 21:5).

Día 15

Mr. 1:29-31

Después de este inolvidable culto en la sinagoga en Capernaum, Jesús con sus cuatro discípulos (Mr. 1:16-20) fueron “a casa de Simón y Andrés”. Originalmente los hermanos eran de Betsaida (Jn. 1:44).

La razón por la que los hermanos se fueron a Capernaum, no la conocemos. Ahora vemos a Jesús con sus primeros discípulos en casa de Simón y Andrés.

Meditemos en cuatro observaciones:

1) *Con Jesús “en la casa”, las relaciones familiares se deben poner de relieve.* El llamado al discipulado del Señor Jesucristo, no corta rigurosamente las relaciones de confianza. El Señor no había llamado solo a Simón. Él también quería hablar a la familia de Simón. Jesús no tenía la intención de desprendimiento, sino de unión más profunda. Él no quiere intimidación, sino ganar a las personas.

Esto no es una contradicción de Mr. 3:31-35; Lc. 14:26 y Mt. 10:34. Es cierto que respecto a Jesucristo, difieren las opiniones. Es cierto que Él cambia a las personas. Y también es cierto, que el discipulado de Jesús exige algunas separaciones. Pero su exigencia contiene en primer lugar, absolución (de pecado, de coacción, de adicción) y consuelo (amor de Dios, perdón, consolación, fuerza, gozo).

2) *Con Jesús “en la casa” comienza la iglesia del Nuevo Testamento.* Seguramente tiene su significado que Jesús, después de su visita en la sinagoga, hace una visita en la casa. ¿Será posible que el Señor ya pusiera, aún encubiertamente, el fundamento para las iglesias caseras que más adelante, tuvieron un rol muy importante en el primer tiempo del cristianismo? (Comp. Hch. 1:13,14; 2:42; Ro. 16:5; 1.Co. 16:19; Col. 4:15; Flm 2.)

“Al salir de la sinagoga”, o “después de...”, o “luego de” es la forma de expresión que Marcos usa muchas veces, para hacernos pensar, que nada en el reino de Dios acontece sin preparación. Un suceso sigue después de otro, uno se conecta con el otro, aunque puedan haber años de separación en el medio. Nosotros debemos prestar atención a eso.

Día 16

Mr. 1:30,31; Stg. 5:13-18

3) *Con Jesús “en la casa”, podemos animarnos a tener confiada apertura.* Enfermedades febriles eran muy comunes en Israel.

Se diferenciaba las enfermedades con fiebre en “pequeñas” o “grandes” fiebres. El médico y evangelista Lucas complementa profesionalmente, ya que la suegra de Simón “tenía una gran fiebre” (Lc. 4:38). Con una sola mirada Jesús abarca la grave situación (Mt. 8:14).

El Señor ve y conoce cómo estamos; y nosotros podemos hablar con Él con total apertura. Dios quiere que le digamos todo lo que nos pesa. Él es el poderoso ayudador. Esto lo habían experimentado Simón y Andrés justo allí, en el culto en la sinagoga. ¿Acaso el Señor, que mandó con autoridad divina a los demonios, no podría también vencer problemas de enfermedad? Por eso se dirigen a Él, a la persona correcta: “en seguida le hablaron de ella”. El evangelista Lucas, dijo más preciso: “le rogaron por ella”.

“Esa es intercesión concreta. La iglesia de hoy en día actúa de la misma manera. Pero la intercesión real deja todo totalmente en la mano de Jesús, lo que Él quiere hacer. No le da instrucciones” (G. Maier). Podemos decir todo a Jesús, podemos pedirle con fe y persistencia por salud y, esperar de Él incluso lo imposible (Nm. 12:13; Sal. 6:2; 41:4; Jer. 17:14). Dios puede y quiere curar (Job 42:2; Mt. 8:3; Jn. 9:1-7; 11:4).

Tanto la enfermedad como la obsesión de demonios, el pecado y la muerte, no corresponden a la voluntad de Dios. Todas estas aflicciones son en el fondo las señales de un mundo impío, separado de Dios. Y los creyentes viven en el medio, no en una isla aséptica. Pero ellos viven con Jesús en las tribulaciones -indiferente si el Señor interviene sanando ahora, o recién más allá de la línea de la muerte. Con tal que nos quedemos con Él -sano o enfermo-, entonces recibiremos personalmente fuerza y podremos ser de bendición para nuestro entorno (Lea Gn. 49:25; Fil. 1:20; 2.Co. 12:9,10.)

Día 17

Mr. 1:31; 1.P. 4:8-11

4) *Con Jesús “en la casa”, se vislumbra una nueva libertad.* De un minuto a otro, la suegra estaba sana. Jesús la había curado. “Y ella les servía”. El evangelista Marcos, utiliza una palabra que señala especialmente el servir a la mesa y el cuidado específico, para hacerlo bien. El tiempo del verbo elegido en el texto original deja ver, que la mujer trabajaba con alegre entusiasmo, casi imposible de frenarse. Los milagros y hechos de la benevolencia del Señor quieren motivar y activar al servicio.

En primer lugar, se trataba de preparar un buen almuerzo para cinco hombres. Entre líneas podemos leer de una primera comunión en la mesa de Jesús con sus discípulos. El ambiente de esa comunión es el gozo, agradecimiento y una cordial relación. Además, la comunión en la mesa con Jesús en el centro “es una prueba de la comunión con Dios, en la mesa de Dios y con otros hijos de Dios. Para esa nueva familia de Dios, se sanó la suegra y tomó su lugar femenino, al servir la mesa” (A. Pohl).

Impresionante era este acontecimiento, aún por otra razón. Según la etiqueta judía, era mal visto para un conjunto de hombres, dejarse servir por una mujer. La opinión estándar en el oriente, consideraba a “la mujer en todo inferior al varón” (Flavio Josefo).

En vista a la relación con Dios, los rabíes eran educados por “una fórmula que relevaba el poco valor de la persona femenina: ‘mujeres, esclavos, niños’” (J. Leipoldt).

Pero Jesús rompe esa miserable valoración, al involucrar a una mujer en la comunión de la mesa con sus discípulos, abriéndole y posibilitándole fundamentalmente el estatus de “discípula” (comp. Mr. 15:40,41; Jn. 12:2,3; Lc. 8:1-3). La comunión con Jesús no anula los ordenes establecidos por Dios (1.P. 5:2-5; Ef. 5:21ss), pero ya no hace falta la lucha por poder y honra (Lc. 22:24-27; Jn. 13:1ss; Gá. 5:26; Ro. 12:10; 16:1,2).

Día 18

Mr. 1:32-34

En este día de reposo (v.21ss) había en las familias de Capernaum, un sólo tema de conversación: Jesús y su “nueva doctrina”.

La ordenanza del día de reposo, no permitía una caminata hasta la casa de Simón y Andrés. Recién a la noche, -según los cálculos judíos del tiempo, el nuevo día comenzaba con la puesta del sol- era posible un encuentro con Jesús. Además, a los enfermos no se les permitía participar de los cultos, por razones cúlticas de contaminación.

Pero después, cada cual que podía y quería, se levantaba e iba al “consultorio” de Jesús.

A la mañana el Señor tenía delante de sí, a los judíos muy religiosos pero ahora, al pueblo que se encontraba en la miseria. Con un amor muy grande y sensible, Jesús se dirigía a cada uno personalmente (Lc. 4:40). Jesús ayudó; Jesús curó; Jesús liberó. Él lo hacía con una amplia y singular autoridad general. Ya en el Antiguo Testamento, Dios otorgaba ayuda maravillosa y sanidad, ante todo por medio de sus profetas (por ejemplo 2.R. 20:1-7).

Pero ahora, Dios mismo había llegado, para hacer el nuevo pacto. El nuevo tiempo había comenzado. (Comp. Lc. 4:16-21). Cada uno debía reconocer, esto es lo que pasará, cuando el reino de Dios venga a los hombres. Por lo tanto, también los milagros que hace el Señor, están al servicio del anunciado evangelio: “el tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr. 1:15).

Realmente parece ser una parte del cielo en la tierra, cuando un enfermo puede testificar: “Jesús me ha sanado” y un oprimido por el diablo sabe: “Jesús me ha libertado”. Pero lo más importante, es que el cielo llegue a nuestro corazón y nuestra vida y que, junto al Padre tenemos un lugar en el cielo.

Acerca de Jn. 14.1-14, quiero hoy meditar en oración y conseguir claridad acerca de mi actitud de corazón.

Día 19

Mr. 1:35

En el tiempo de Jesús, cada judío piadoso oraba tres veces al día, la llamada: “oración de los dieciocho pedidos”: a la mañana con la salida del sol, a la tarde a las 15 horas y a la noche con la puesta del sol. Orar aparte de esto, no era acostumbrado y se lo consideraba como molestia al Altísimo (Strack/Billerbeck).

¡Qué diferente oraba Jesús! Marcos escribió: “levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro (antes de la salida del sol), salió (de la casa) y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”. Con esto él puso el énfasis conscientemente: la vida de oración del Hijo de Dios no nace de la tradición judía, sino del cielo.

La oración que percibimos del Jesús terrenal, se originó de la íntima comunión del Hijo con el Padre. Él, a veces oraba por horas y en cualquier tiempo (comp. Mr. 6:46,47; 14:32ss); según Lc. 6:12 oraba toda la noche. Su manera de orar era especial y llamaba la atención a sus discípulos (Lc. 11:1).

Jesús en sus oraciones, era singular e incomparable.

La conversación personal con Su Padre, significaba todo para Él. Sin ella no hubiera sido capaz de predicar con autoridad espiritual; de enseñar; de sanar a enfermos; de saciar a hombres hambrientos; de calmar las tormentas; de resucitar a los muertos y de expulsar a los demonios. El Señor dijo de sí mismo: “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace” (Jn. 5:19,20; comp. Jn. 5:30; 6:38; 8:26b-29).

Para meditar: la guía y motivación para la oración auténtica es el cordial y eterno amor de Dios. ¿Qué significa esto para mi vida personal y nuestra vida en comunidad como seguidores de Jesús?

Día 20

Mr. 1:35-38

Es bueno es, que los discípulos de Jesús hayan seguido a su Señor, cuando querían saber dónde estaba Él, y lo que hacía; ya que ellos querían aprender de Él.

Pero aquí ellos, y ante todos los demás junto con Simón Pedro, se movían en una dirección contraria. Ellos irrumpieron con rapidez y fuerza, en el tiempo de oración de su Señor: “¡Todos te buscan!”

Y uno podría seguir pensando: “¡Vamos! ¡Apúrate! Hay mucho para hacer. ¡Ven, por favor, rápido, la necesidad es grande!”.

Es bueno que la gente que sufre tenga a alguien que interceda por ella. Sin embargo, algo aquí anda mal. Los discípulos entran en acción desde “afuera”, desde el estado de sufrimiento y necesidad (comp. “todos los que tenían enfermedades y los endemoniados”, “toda la ciudad” en v. 32,33).

Jesús viene de “adentro”, de la voluntad del Padre, que quiere que todos reciban ayuda. Dicho más exactamente: Jesús tiene en vista lo de “afuera” y lo de “adentro”. Y de esa manera, que con todo lo que le conmueve y respecto a todo lo que hay que hacer, está conversando con Su Padre. Una y otra vez, el Hijo se deja enviar solamente por Su Padre hacia los hombres.

La necesidad no es comitente (mandante), sino el Padre, con el que está viviendo en íntima comunión y amor.

Los otros evangelistas lo escribieron más tarde, expresando que Jesús *tenía que hacer* o *le era necesario* lo uno o lo otro. No por obligación, compasión o urgencia, sino por amor al Padre y a nosotros. (Lea Jn. 4:4; 3:14; Mt. 16:21; Lc. 24:26.) Esta motivación de amor también se ve en la respuesta de Jesús: “¡Vamos a los lugares vecinos!” Los discípulos por mucho tiempo no lo habían entendido.

Aquí en el evangelio de Marcos 1 encontramos la primera cita de una larga cadena de “características de discípulos”, que Jesús una y otra vez tenía que tratar y trabajar: Mr. 4:13,40,41; 6:50-52; 7:18; 8:16-21; 9:5,6,19; 10:24,26; 14:37-41.

¿Cuál de mis particularidades, debería Jesús tratar por primera vez o nuevamente?

Día 21

Mr. 1:37-39; Pr. 28:13

Jesús ya había obrado muchos milagros en Capernaum: liberación de demonios, sanidad de enfermedades de cualquier tipo (v. 25,26,30,31,34). Pero el sufrimiento de los hombres es muy profundo, en realidad sin fondo, medida ni límite. Es entendible que los discípulos siguieran a su Maestro y le gritaran: “¡todos te buscan!”

“Pareciera que Pedro y sus amigos ofrecieron una gran ampliación de Su campo de acción, pero en realidad lo atrajeron a una estrechez, en la que se trata solamente de curaciones -en lo posible muchas- sin cambio de gobierno, sin reconocimiento de Dios ni reconstrucción de Su semejanza en el hombre; para que solo el cuerpo sea sano. Esto es realmente una pobre y triste forma, del buen mensaje de Dios del versículo 15” (A. Pohl).

¿Habrán entendido los hombres de Capernaum, el verdadero propósito del envío del divino mensajero de gozo? ¿Habrán comprendido y aceptado con fe, que Jesús quiere dar *más* que salud y bienestar; y que los milagros del Señor eran señales de Dios, que querían ayudar a entrar en comunión con Él?

El evangelista Mateo nos abre un vistazo, al conmovedor desarrollo de los ciudadanos de Capernaum: Mt. 11:23,24.

La salud -valiosa e importante- no es todo. El hombre puede estar completamente sano -además aplicado y eficiente-; sin embargo ir al infierno. Pero el que busca a Jesús -quizás enfermo o pasando por sufrimiento- porque siente: necesito paz con Dios; perdón de mis pecados; nueva orientación y fortalecimiento, no se desilusionará.

Esta persona encontrará verdadera felicidad, auténtico gozo y profundo consuelo. “Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón” (Sal. 69:32b; comp. Dt. 4:29; 2.Cr. 7:14; Jer. 29:13,14a).

El que busca a Jesús, lo encontrará. Lo mejor es la diaria y eterna comunión con Él y la vida eterna en la gloria de Dios (Jn. 3:36; 1.Jn. 5:12,13).*

*Si usted aún no tiene una relación personal con Jesucristo, pero la quiere tener, puede hablar directamente con Él y decirle lo que tiene en su corazón. Una oración guía como propuesta, que le puede ayudar a establecer esa relación, encontrará bajo el título “vida cristiana”.

Día 22

Mr. 1:40-42; Stg. 5:15

La persona enferma de lepra era un hombre totalmente aislado: separado de la familia; de los vecinos y amigos; del culto a Dios y de la vida laboral. La apariencia de un leproso era tan espantosa y repugnante, que se creía en aquel tiempo que, tal persona, debía haber pecado mucho para que Dios la castigara tanto con esa enfermedad y la quitara de su presencia. Un leproso era considerado como uno sepultado vivo (comp. Nm.12:12), y consecuentemente se entendía la curación de la lepra, como una resurrección de entre los muertos (comp. 2.R. 5:7). La curación se esperaba únicamente de Dios.

El leproso de nuestro párrafo, seguramente había escuchado de Jesús, aún en su aislamiento. Por eso irrumpió la "línea de aislamiento" con toda su existencia: él se postró delante de Jesús, así como se inclina solamente ante el Dios Todopoderoso y le habló con total confianza. No sintió ninguna duda; tampoco expresó una demanda; ni un pedido, sino la confiada afirmación: "Si quieres, puedes..." De esta manera se habla solo en última instancia.

El enfermo se dirigió a Dios mismo al acercarse a Jesús, humilde y expectante, esperando todo de Dios y dejando todo a Su voluntad.

¡Cuánta fe -infantil o ingenua- pero a la vez muy madura! Con toda su miseria, el moribundo se puso totalmente, pasara lo que pasara, en las manos de Dios.

¿Y Jesús? Delante de Él, había una vida quebrantada en el polvo de la calle. Jesús estaba profundamente tocado; conmovido; consternado. Leemos: "y Jesús, teniendo misericordia de él...". Textualmente quiere decir: "se conmovió en sus entrañas". A Jesús le dolía el vientre, por tanta misericordia. Con Jesús podemos ver y aprender la diferencia entre la misericordia "común y corriente" y la auténtica: Mt. 9:36; 14:14-16; 15:32; 20:34; Lc. 7:11-15; 15:20-24.

Verdadera compasión permite, que la necesidad del otro llegue al corazón y posibilite sensible y concreta, la ayuda de la plenitud del amor de Dios.

Día 23

Mr. 1:40-42; Jer. 32:17

¡Qué cuadro: la miseria en persona arrodillada ante la misericordia en persona! En la obra del Hijo de Dios, se cumplía el mensaje de consuelo de Dios a Israel: Dios es su “consuelo”. Él “tiene misericordia de los afligidos”; “con grandes misericordias”; “con misericordia eterna tendré compasión de ti” (Is. 40:1,2; 49:10,13,15; 54:7,8; 55:7).

A la conmoción interna del Señor, procedió la acción externa: “extendió la mano y le tocó”. El profundo abismo, tuvo un puente. Una relación personal llegó a ser posible. Más aún, pareciera que Jesús quería decir: “tu dolor es mi dolor, tu sufrimiento me toca profundamente; Yo lo llevo en tu lugar. Y vendrá el día en el cual llevaré todo eso y mucho más, las mayores cargas, la culpa del pecado, sobre mí y lo quitaré”.

Aquí nos encontramos, en forma secreta, muy cerca del siervo sufriente de Dios descrito en Isaías 53 que -como sustituto- se dejó golpear y castigar por Dios, en nuestro lugar; los expulsados (Gn. 3:22-24) y cargados con la “lepra del pecado”.

Dicho sea de paso, la palabra hebrea para lepra, expresa que uno es golpeado por Dios, así que los judíos interpretaban por ejemplo Is. 53:4 - donde se habla del “herido de Dios”- que se trataba de la lepra.

Cuando Jesús agrega a Su obra de misericordia, Su palabra de autoridad: “Quiero, sé limpio”, al momento el leproso quedó sano. “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:9)

“El puro, purifica al impuro, lo envuelve en la indecible benevolencia de Dios” (A. Pohl). Esto no vale solamente para el cuerpo, sino mucho más para “alma y espíritu”; para la nueva comunión con Jesús: “el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5b).

¡Qué liberación aquella, cuando nos entregamos confiadamente a Jesucristo! (Lea Ro. 8:1,2,33,34.)

Día 24

Mr. 1:43-45

La misericordia de Dios, como se revela en Jesús, no se muestra solo en Su acción salvadora, sino también en Su status de ser Señor. Jesucristo, el conocedor del corazón del hombre, sabe lo que es bueno y correcto para el enfermo y lo que necesita. El Señor lo envía con una prohibición y un mandato:

a) el anteriormente leproso, debía tener cuidado de no decir nada a nadie. Naturalmente el purificado no debía aparentar ser impuro, pues él había sido limpiado, para poder pertenecer nuevamente al pueblo de Dios y honrarlo. Pero sí debía guardar silencio acerca del secreto de la persona del Cristo. Él no debía propagar públicamente a Jesús como Hijo de Dios (Mr. 1:1,11,24,25,34; 3:11; 5:7); porque el Hijo de Dios no era un sanador milagroso ni un candidato sensacional de poder, sino el “Hijo del hombre que vino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). Esa prueba de fuego todavía estaba delante de Jesús, y se haría visible recién después de su victoriosa resurrección.

b) El curado debía solicitar al sacerdote, su correspondiente “certificado de salud” y hacer los sacrificios ordenados por la ley (Lv. 14:1ss), para volver a ser recibido en la comunidad cúllica y civil. Tanto que la relación con Dios y el contacto social, se asisten mutuamente. Tan importante es para Jesús, el hecho de ganar tranquilo y de manera pastoral a los sacerdotes, -“para testimonio a ellos”-; para una real y creciente comprensión de Jesús (Mt. 5:17; 26:59-64; Hch. 6:7).

Lamentablemente el curado no hizo lo que Jesús le mandó, y así llegó a ser un bloqueo para la obra que el Señor *quería* en ese momento.

Tengamos cuidado de tener nuestro oído muy cerca de la Palabra de Dios, que lo guardemos en nuestro corazón y hagamos aquello que Él nos dice: Comp. Hch. 8:26-40 con Is. 50:4.

“¡Qué podría hacer Dios de tu vida, si tú sólo le dejaras ser Señor, en todo!” (H. Gerhard).